



Hotel Abismo

La Goulue

Carmen Oquendo

A Diamela

Desahuciada de mí misma, lo que de mí quedó fue un efecto de reflejo: trasnochado e impreciso. Con ese reflejo. Con esa pulsión. Escribo.

Restituyendo a los sentidos exteriores su operación. Quedando a la luz más incierta. El mundo alucinando. Y yo despierta.

Teléfono transcontinental atropellado por velocidad férrea.

Aterrizó ella devorándome a mí, mi cuerpo, mi entrepierna, mis muslos, la espalda. Encantada de apetecer. Alentar la perseverancia de tan entendida catadora.

«Ella hambre se ve que tiene», me dice la Mela sin esmerar una explicación. «!Su apetito, incontestable. Infalible la vertiginosidad de nuestro noctámbulo trasnochar» contesté yo. Con una satisfacción autocongratulatoria, creyéndome astuta y de rápido verbo, supuse haber captado el sentido preciso de lo que se me intenta comunicar.

Otorgué ante la coyota.

Kilómetros de deseo recorridos de su mano. Sudores horizontales. En su beso, el amargo sabor de nuestros combinados sexos. Su

reboso me acoge. Retoños de cariño, brotes de afecto. Las caricias se deslizan en yaguas por la pendiente. En la bajada a dos pieles se adhieren.

Endormecida yo sobre la cama. Junto a ella encaramelada. Jadeante, yo o ella.

En el retozo, la plácida transición de los consensos forzados, se mostró ni tan plácida, ni tan consensual. Entrampada con su cariño. La ternura truculenta, finalmente, desveló su agresión.

Contorsionándome, tuerce mi brazo y el cachete me aprieta contra el cojín de terciopelo verde chatré. Sin ser francamente injuriosa. Ni tan poco. Tampoco. En alerta, mi eriazo se activa despidiendo un venenoso vapor. Boca arriba. La hediondez convocó la catarsis.

Su compulsión se desató: atroz y desesperada. No tardó en olfatear de forma continua y sostenida, meterse dentro de mi pelo, garabatear mi moralidad. Introducirse hasta tergiversar la línea de mis encías. Algo asqueada, lámeme la piel con sofoco. Angustia por redefinir mis fronteras, depelucar mis confines. Distorsionándome, me engalana con su voluminoso cuero. Caritativamente, me regala una segunda piel. Para estrenar su carimbo. Tatuada con un glamoroso olor a pellejo quemado. Diezmo *prêt à porter* con tufo embarrado de carne ahumada.

Ofuscada con el insecticida poético.

Obceca

Brazos por aquí, piernas por allá, tobillos frotándose, pantorrillas eléctricas, ombligos que no se podían encontrar. Un codo protuberante en ese mar gelatinoso. Su mano precisa y señera penetra. Brusca. Agresiva. Además de placer causarme, de mí dentro algo de allí quería llevarse. Vulva de pétalo varicoso revienta. Encarnada. Golpe abrupto despierta axial sentido. Dilatación con el golpe. Anestesia de dolor provoca placer definido. Arrebato transeunte del goce ignora su causa: desgarrar interior. Hemorragia e hinchazón.

Una vez dentro, abre la palma de su mano. Conmigo a todo su alrededor, la cierra en un agarre. Arranca el botín ginecológico. La escena se repite y se multiplica. En cámara lenta. Seguido de fast forward. Rewind y replay.

Deshecho yo. Amaratada enarboló el feminismo radical del violeta.

Es gorda y tragona. Colosal, golosa. Gústame su piramidal exceso, funesto. Macizo y algo geométrico. Sentir sobre mí la justa dimensión de sus rebeldes masas. Librada fría a su peso, evoco un otro yo. Desearla a ella, como desear mi otro cuerpo, el mismo que ahora, estriado y desinflado, lucha por retener la memoria de su antiguo volumen.

Cuánto quise un cuerpo distinto al nuestro.

Me excita. Se me para de tan sólo pensarme en ella. Impulsividad afectiva y pajiza contorsión. Encarnizado mutante entre los surcos de mi sexo. Viscosa demasía de cuerpos flácidos empecinados en alimentar los caprichos de una erótica que promete excitada protuberancia de solidez. Autodeseo de un miembro en desacato. Los peligros de un abismo autofágico bordeamos sin cautela. Tanta mujer, un poco demasiada. Una sobra.

Enlenguada, me roba palabras para emperifollar su argumento. Didáctica y lagarta, confiada de su genio creador, firma el pensamiento. Piratería multiflora o reciclaje juguetón «¿Pero cómo? Eso te lo conté yo ayer» riposté yo --cadáver con lengua activa. «Puede ser» contestó indiferente. Se viste con mi mugre, desviste mi pensamiento. Emputecida al ver cómo me edita. Cada plano reconfigura habitando la preñez de mi discurso. Rabia en espuma sale de mi boca.

«Te digo que esa niña tiene un deseo raro contigo» insiste la Mela. «Te quiere bizarramente, como si quisiera ser tú. Te desea, tu espacio. Ocuparte. Disfrazarse con la paja que resguarda tu nido. No es un impulso generoso.»

Mueca torcida: «Se habrá visto deseo generoso» pensé para mí. Tecata de su trato, titireteada por mi adicción, impedí que la Mela insertara los palillos de diente que sostendrían abiertos mis párpados. Mirar de frente el mal gusto de ese apetito mezquino con fiebre competitiva que libera eructos de cortejo y piropos. Deseosa por extinguir las llamas de mi tontera, la Mela continuaba «Te regalo una novela si tanto te seduce el deseo triangular, la estética del hurto y la traición. En ese estilo, cariño, existen ya quinientas versiones, y mucho mejor escritas. Mas entretenidas, pos mijita. Hasta ordinaria y

mediocre hallo yo esta.» Como yonqui acorralado, permanecí aferrada al inhauyentable repertorio que se me ofrecía. Busqué mi cura en el deseo de quien deseaba cuanto a mí deseaba. ¿O lo que yo deseaba? A todo dios defraudando, no pude impedir que el espejismo del deseo habitara mis neuronas, monopolizara mis anhelos. Mi percepción dehilachada se atolondra. Buscapié y tirijala.

«Es trepadora, pos, niña» irrumpe la agobiada mela fulminando su lección almidonada. Obviando la moraleja, cansada de buscarme la maña, ese gargajo lanzó en mi mejilla derecha, justo debajo de la nébula de mi vidriado ojo. Era un brote de expresión frustrado que articulaba sus dudas sobre mi capacidad para comprender otro discurso o lenguaje. Solidariamente, haciendo despiadada oratoria sobre la dignidad, la mela de mí se ocupaba a pura bofetada de desprecio y menoscabo. A sopletazo limpio intenta abrir el ciclo de circulación neuronal.

Retando a mi defensora, opté por la discreción cómplice con la golosa. Encanallada y reticente, improviso una tautología. Pitirreo: «Por lo mismo. Solo con ella quiero trepar. Que se me encarama.» Me acuartelé para evitar salir de mis razones.

No sintáctica ni estrategia.

Tenía la certeza de que ella a estudiar mi geografía había dedicado sus cavilaciones. Con minucia, a la perfección trazada, con su brújula una exacta cartografía de mi específico placer. Su lengua. Me abandoné a su rigor y textura. Recorrido por los senderos de mi clítoris, bifurcados. Crispazón al anticipar el contacto. Glotis trémula. Respiración marcada. Con ojos cerrados, sentir la especificidad del tamaño de cada uno de sus miembros, la variación de velocidades, sincopadas intensidades. Retruécano de orgasmos. Semióticos sus movimientos. Aciertan sus adjetivos, laceran circunscritos y certeros. Capilares ruborizados por una desigual pulsación: estallan violáceos al compás de sus dedos, amenazando con uñas de estridencia.

Cómo explicar tanto acierto. Hasta pensé que podría ella conocerme de antes. Fantasié que, desde siempre conmigo, salía a mi encuentro de un alterado escondite. Como si el desempeño de su actual Kama Sutra arrastrara vidas de experimentación con mis partes. Llegué a pensar que mi cuerpo, por ella secuestrado, hubiese colaborado para la completa tipologización de sus caprichos. Un catálogo en espiral de fórmulas y reacciones.

«¿Nos conocemos de antes?» le pregunté.

«Obvio. Tenemos el mismo trasfondo, historias paralelas» contesta sin demasiada exaltación.

Bajé la guardia. Con seguridad eso lo podría explicar todo: Historias paralelas. Humor plomizo, leche vaginal seca pegándose a la piel. Pegote de estiércol.

Me detengo ante esta esplendorosa imagen.

Tres veces sumisa, me acerqué a su punta altiva. Se me antoja una pinga saliendo de mi reboso. Capataz que circule como sólido proyectil. Faro estridente entre mares de vaginosidad. De tanto frote, hinchada y femenina, trinco la musculatura. Género transvolado y viscoso, quedé enmudecida. En realidad, algo desmentida. Ofuscada en la parición de mis sexos, procuraba verosimilitud para ese despliegue excitado de agilidad. Abrí brecha imperiosa en sus huecos más propicios. Ante el molusco, fugitivos fluidos escapan de mí, de la opacidad de mi torso, de la fuerza de mi mentira. El lipstick se abulta y se encoje; protubera de mis labios inferiores dejando su marca en el pañuelo desvaído que resguarda su sexo. Provechosa torcedura de mi realidad, apresurada desenlato mis posibilidades. Ni Odalisca.

Frígidamente planeo penetrarla. Su organismo reaccionó. Al mio compatible se declara. Acopladas. Todo afín, pues, comenzó a digerirme. Tragándome las ganas. Devorando mi ficticia presencia en la ingle. En un gástrico movimiento pasé por ella, empingada y colérica. No de un solo bocado. Por partes y de a poquito. Sin huella, marca o cicatriz.

Ñam.

Implacable.

Una mañana me levanté y vi que ya no estaba. Descuartizada y sin vivienda, sobre la cama sólo permanecía ella en su extensión. Plácida y satisfecha. Incólume como un felino en siesta. Con decoro y algo de discreción llevó la fina servilleta a sus encochinados labios, dando señal de deleite y conclusión.

Arrebatada de mí misma, el abismo tampoco fue mi opción. Aburre flirtear con la victimización. Villana en llamas, atrozmente predecible, nada ocurrió de imprevisto. Se me ocurre que podría haber sido de otro modo y presurosa abandono la idea. De otro modo jamás. Fue lo que fue. Ordinarietàz hedionda.

Tal vez otra persona pueda recordar diferente este (des)encuentro de débil sintaxis. Sin cruzar historias o géneros. Sin confundir los paralelos, ni aglomerarlos en un húmedo ropero de sentimientos superpuestos. Que esa pluma entienda que el episodio intenso no alcanza la estatura trágica. No da la talla, ni merita una re-escritura con multiplicidad de perspectivas. No da para llanto porque, depuesto, se desliza hacia su justa dimensión.

En esta diálisis de sentimientos, con los dientes caídos de la risa, la carcajada, desentendida y depurada, comienza a ser posible.